

---

# La Unión Europea y la OTAN, una fisura entre los grandes poderes del siglo XXI

**Francisco R. Dávila Aldás\***

---

## Resumen

En el presente artículo se aborda la relación existente entre la Unión Europea y Estados Unidos, haciendo énfasis en los ámbitos militar y económico. El autor se concentra en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, durante el cual se firma una serie de convenios de cooperación militar en el marco de la Guerra Fría, entre los que destacan la OTAN y el Pacto de Varsovia. Las transformaciones que ha sufrido el sistema internacional desde entonces han sido múltiples, siendo una de las más importantes la caída de la URSS, lo cual implicó que Estados Unidos quedara como la única gran potencia. No obstante, el proceso de integración europea ha tenido gran éxito, fundamentalmente en el plano económico, por lo que hoy día la Unión Europea representa una seria competencia para Estados Unidos. Sin embargo, la Unión Europea debe avanzar en el plano político y repensar su papel dentro de la misma OTAN. El autor señala que es necesario analizar las relaciones que existen entre ambas entidades y que trabajen de manera conjunta en virtud de que se necesitan mutuamente para obtener beneficios.

## Introducción

Dentro de los temas que tocan el problema del poder mundial, la relación entre la economía y el militarismo son primordiales para entenderlo. No dudamos de su gran actualidad, dado que el soporte del inmenso poder que Estados Unidos detenta tiene su fundamento en su enorme y rica economía y en sus formidables fuerzas armadas. Sin lugar a equivocarnos diríamos, entonces, que el soporte del poder y de su ejercicio en los Estados modernos se fundamenta en su economía y en sus fuerzas armadas, entendidas como una organización institucional de profesionales, llama-

## Abstract

The article deals with relationship between European Union and United States, emphasizing military and economic fields. The author concentrates himself in the later period to World War II, during which a series of agreements of cooperation was signed within the framework of Cold War, being the most important the NATO and the Warsaw Pact. The transformations that the international system has undergone since then have been multiples, but one of the most significant is the collapse of USSR, which implicated that the United States stayed as the only one great power. However, the European process of integration has been very successful, fundamentally in the economic field, reason why today the European Union represents a serious competition for the United States. Despite this fact, the European Union must advance in political matters and rethink its role within NATO. The author points out that it is necessary to analyze the relations between both entities and that they must work of joint way by virtue of which they are mutually needed to obtain benefits.

dos militares, cuyas funciones y objetivos primordiales son la defensa del poder de la misma sociedad, encarnado en el Estado, su expresión abstracta, pero empíricamente representado en el gobierno, así como en el territorio, en los habitantes del mismo y en la riqueza potencial y real que, en términos más concretos, junto con los recursos humanos, la fuerza de trabajo y los implementos necesarios (conocimientos, máquinas herramientas y tecnología) puestos en común podemos reproducir e incrementamos la riqueza intrínseca de una sociedad, aquello que de modo más escolástico definimos como la economía de un Estado nacional.

Anudadas ya las relaciones existentes entre el poder, la economía y la organización militar de una sociedad, nos toca franquear un paso más para definir a cabalidad nuestro tema general. Así, precisamos que cuando hablamos de militarismo, nos estamos remitiendo a la

\* Doctor en Sociología y Maestro en Estudios Latinoamericanos y en Economía por la UNAM. Profesor adscrito al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.

exagerada propensión de un gobierno a incrementar el poderío armado, la fuerza militar, sea como elemento defensivo, persuasivo, disuasivo o propagandístico, en el sentido de demostrar que la defensa del Estado o de la nación, de un país de modo más concreto, implica un ensanchamiento de las funciones militares en detrimento o concomitantemente con la ampliación del poder económico, ambos a su vez soporte del poder político; esto es, de la capacidad de influir, persuadir, amenazar y usar la fuerza militar para “hacer que los otros hagan lo que uno quiere”, como bien definía Weber el poder, que en este sentido estribaría en que el más fuerte y poderoso impone su voluntad al más débil.

En otros términos, y para ser aún más claros, el militarismo en la actualidad desafía los límites formales de la soberanía interior y exterior que tienen los Estados y puede atropellarlos en la medida en que ello convenga a sus intereses, como sucedió recientemente cuando Estados Unidos impuso su poder mediante la guerra, pasando por encima de las formalidades que defiende la soberanía: los acuerdos internacionales y el derecho internacional, que sólo en última instancia justifica la guerra como forma de solucionar los conflictos. Explicados los términos que acotarán nuestro trabajo, iniciaremos su especificación.

### **El militarismo estadounidense y la Organización del Tratado de Atlántico Norte (OTAN) desde su creación hasta la caída del Muro de Berlín en 1989**

El militarismo ha sido una de las características de los imperios; los europeos lo utilizaron para expandir su poder conquistando a sangre y fuego numerosos pueblos que luego se constituyeron en sus colonias. También el militarismo, con el triunfo de los nacionalismos, hasta dos grandes contiendas mundiales sirvió para que los Estados europeos midieran sus fuerzas y las impusieran a los otros mediante la guerra; sea para ensanchar sus dominios, solucionar conflictos o rechazar agresiones. Después de la catástrofe que significó para los europeos el enfrentamiento de 1914-1918 y de 1942-1945, las dos grandes potencias emergentes, Estados Unidos y la Unión Soviética, organizaron la sociedad internacional de acuerdo con sus respectivos intereses, siendo obviamente el poder militar de ambas el garante de la nueva sociedad internacional bipolar.

Así, entonces, con la firma del Tratado del Atlántico Norte, por iniciativa de Estados Unidos, el 4 de abril de 1947 se consolida la primera alianza militar que dicho país celebraba en tiempos de paz con los países vencidos de Europa: la OTAN. La organización fue sancionada por el Senado de Estados Unidos en 1948.<sup>1</sup> Se justificaba así el dominio y la protección de la nueva potencia emergente en el campo militar, en razón de los riesgos de extensión del comunismo. La réplica no se hizo esperar, y surgió el Pacto de Varsovia, bajo la tutela de la Unión Soviética. Así, se crearon dos campos militares y políticos antagónicos que se vieron obligados a coexistir de manera pacífica. En términos generales, esta institucionalización y estabilización forzosa del escenario militar y político europeo resultó ser el precio de la seguridad y la paz de Europa, y facilitó e incrementó los intercambios mercantiles, así como el propio proceso de integración europea.

Esta alianza, denominada como el “equilibrio del terror” también permitió, en la medida en la que el desarrollo científico-técnico avanzaba entre las dos grandes potencias, destacar sus aplicaciones militares en lo relativo a las armas convencionales y nucleares, lo que creó un escenario continuo de sobresaltos y tensiones en toda Europa.

Las viejas potencias mundiales europeas, en especial Francia, temerosa del crecimiento acelerado en el campo económico de Alemania, de su rearme y de la situación de aliada privilegiada de Estados Unidos,<sup>2</sup> resintieron esta imposición necesaria para guardar la paz e intentaron asumir como dos tareas fundamentales de la construcción de la Comunidad Europea: la integración económica y la seguridad política y militar propias. Este último objetivo, concentrado en parte de la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC), desde sus inicios resultó polémico y difícil de llevar a cabo en razón de las divergencias entre los países y dado el monitoreo inflexible de Estados Unidos sobre la vigencia de la OTAN.

A pesar de ello, la Unión de la Europa Occidental (UEO), nacida de la unión que se dio entre Francia, Gran Bretaña, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo, la cual se refrendó mediante el Tratado de Bruselas en 1948, surgió luego del fracaso en 1954 de la Comuni-

<sup>1</sup> La Convención de Ottawa, del 20 de septiembre de 1951, asigna *de facto* a Estados Unidos la dirección de toda la estructura armada y administrativa de la OTAN y permite que una gran parte de sus fuerzas convencionales y nucleares se establezcan en suelo europeo.

<sup>2</sup> Véase a este respecto *infra*, p. XX.

dad Europea de Defensa (CED). Éste es, en realidad, el único organismo exclusivamente europeo competente en materia de defensa,<sup>3</sup> aceptado dentro de las expectativas de Estados Unidos, como forma de dar una fachada europea a la solución militar atlántica. A éste ingresaron Alemania e Italia el 30 de agosto de 1954; España y Portugal en 1988; y finalmente Grecia en 1992. Sirvió, en la práctica, para negociar las alianzas defensivas entre los países que la conforman y prevé en su artículo 5 una asistencia automática y mutua en caso de ataque a uno de sus miembros.<sup>4</sup> En realidad estos señalamientos se limitaron en buena medida y fueron transferidos desde 1950 a la OTAN.

La UEO se constituye por un Consejo de Ministros de Relaciones Exteriores y de Defensa que se reúne dos veces al año; un Comité Permanente de embajadores, con un Secretariado en Bruselas; y una Asamblea constituida por miembros escogidos entre los delegados de la Asamblea Consultiva del Consejo Europeo que sesiona en París. En verdad, la UEO es un organismo carente de poder, una entelequia burocrática dominada por completo por la OTAN. Ello se evidenció en los comienzos de 1980, dentro de la llamada “guerra de los euro-misiles”.<sup>5</sup>

Francia quiso, una vez más, darle fuerza en el momento de la proclama nacionalista e independiente del general De Gaulle. Éste insistía en la Unión de Europa en el campo de la defensa militar para crear un contrapeso al predominio militar estadounidense en Europa. Al menos, desde 1987 en la plataforma de La Haya, se recordó —casi como un compromiso formal— el “interés europeo en materia de defensa y seguridad y se dio un paso más hacia la comprensión de compatibilidad

<sup>3</sup> Para mayores detalles sobre la UEO, véase Hartmut Soell, “L’ Union de l’ Europe Occidentale après le traité de Maastricht” en Robert Bussière (dir.), *Securité européenne et réalités internationales. Pour une recherche de la cohérence*, Centre d’Études de Prospective Stratégique, Publisud, París, 1997, pp. 215-228.

<sup>4</sup> Este mismo artículo 5 de la OTAN sería invocado 51 años más tarde por Estados Unidos luego del 11 de septiembre de 2001 para comprometer a los europeos en la guerra que éste desplegó casi solo en Afganistán.

<sup>5</sup> Así entonces, mientras la Unión Soviética, a partir de 1975-1976 desplegaba sus misiles (los SS20, de largo alcance y gran precisión —3 mil km—), la OTAN respondía a este desafío en 1979 dotando al campo europeo de los Pershin 2 y de los misiles de crucero (GLMC) tierra-tierra para equilibrar las fuerzas europeas contra la amenaza rusa. Finalmente, para allanar mayores tensiones mutuas entre los dos grandes poderes y alejar las atrocidades de un enfrentamiento en el que la UE hubiese resultado la más afectada, se llevaron a cabo arduas negociaciones para la limitación de las armas nucleares que concluyeron el 8 de diciembre de 1987 con el Tratado de Washington, que obligaba a las dos fuerzas a eliminar del territorio europeo todos los misiles nucleares de un alcance superior a los 500 kilómetros.

necesaria y la complementariedad que había que fomentar entre los intereses de Estados Unidos y los de la Unión Europea (UE), sin que ello afectara el fortalecimiento de su identidad.

De este modo, la Alianza Atlántica, como estructura político-militar de alcance no sólo europeo, sino mundial, tanto en las vísperas de la disolución del bloque soviético como en la actualidad sigue siendo comandada por Estados Unidos, y en este aspecto la UE, aunque ha alcanzado un mayor nivel de maniobra sigue necesitando de este apoyo.<sup>6</sup> Ello quedó claro con los acontecimientos de Yugoslavia y la guerra de Kosovo, así como luego del ataque a Estados Unidos perpetrado el 11 de septiembre de 2001, con la variante de que la gran potencia norteamericana solicitó el apoyo moral y con armamento, invocando el artículo 5 de asistencia recíproca, pero para intervenir en Afganistán por sus propios medios; esto es, sin utilizar la pesada estructura de la OTAN en su cruzada contra el terrorismo, enemigo de la humanidad y de la democracia.

Estos eventos recientes nos permiten plantear que aún durará el predominio estadounidense y, en el mejor de los casos, se reforzará el compromiso de ayuda mutua existente en los planos regional y especialmente global, hecho que no es muy del agrado de la UE, porque tiende a perder la dimensión y el control de su propia política de defensa y teme volver a insertarse en la estrategia militar que le conviene a Estados Unidos.<sup>7</sup> Ello explica el conflicto interno que vive actualmente la UE, dada la dura estrategia de guerra que la superpotencia ha adoptado frente a la amenaza terrorista latente y a la proliferación de armas prohibidas, que pueden socavar el débil equilibrio mundial que ambos bloques de poder han mantenido en conjunto justificando así la estructura de la OTAN.

### **El desvanecimiento del objetivo primordial de la OTAN y el intento de refuncionalización de la misma, 1989-2003**

La situación de Europa en los inicios de 2003 es muy diferente a la anterior a la Guerra Fría y también a la posterior a la caída del Muro de Berlín y al desmor-

<sup>6</sup> Para mayores detalles, véase M.H. Labbé, “Y a-t-il une politique européenne de non prolifération nucléaire?” en *Politique étrangère*, París, marzo 1997, pp. 307-319; y también “The Row in NATO. A Fractured Alliance” en *The Economist, Special Report. Dealing With Iraq*, 15-21 de febrero de 2003, p. 25.

<sup>7</sup> Véase *supra*, nota núm. 30, p. 101.

namiento del poderío soviético. Ello se debe al éxito de la integración económica, manifiesta en la fortaleza del euro y en la menor vulnerabilidad de la UE frente a la recesión estadounidense, lo que ha permitido la consolidación de nuevas estructuras políticas y estrategias comunes que tienden a reforzar una mayor autonomía relativa del bloque europeo frente al tutelaje de Estados Unidos, gracias al estrechamiento de la alianza franco-alemana que, hoy más que nunca, aparece como el motor dinámico que conduce al fortalecimiento político siempre retardado frente a los éxitos económicos. El impulso hacia la creación de una constitución que consolide la UE y dé forma a la ciudadanía europea, que pronto se ampliará con la entrada de nuevos países, apunta hacia la consolidación a largo plazo de la Unión.

En otros términos, no se trata ya de una relación de equilibrio siempre precario como la que se sostenía hasta antes de 1989, producto de duras negociaciones entre las dos grandes potencias, donde la UE era apenas tomada en cuenta. Se trata de una etapa de cooperación impulsada por la nueva Rusia, más abierta a Occidente e interesada en ampliar sus relaciones con la UE, de modo directo o a través de Alemania, pero aún desconfiada de la política desplegada en el seno de la OTAN. Ello dio lugar a las negociaciones para la reducción mutua de armamentos en 1990 con la firma del pacto sobre las Fuerzas Convencionales en Europa (FCE). Se notó un mayor involucramiento de la UE, y se avanzó hasta fijar el tope de efectivos para las fuerzas armadas de Europa en el plano aéreo y terrestre como sigue: 325 mil para Francia, 345 mil para Alemania, 260 mil para Reino Unido, 250 mil para Estados Unidos y un millón 450 mil para Rusia. Ello fructificó en un mutuo y acelerado desarme nuclear que no sólo propició la reducción de gran parte del armamento táctico, sino de los armamentos nucleares tácticos del Pacto de Varsovia, que pesaban como una perpetua amenaza sobre Europa. Ello, más allá de los compromisos posteriormente reafirmados en la Cumbre de Helsinki en 1992, mismos que dieron lugar al pacto llamado START I y II sobre los misiles intercontinentales estadounidenses y soviéticos en 1991 en Moscú y en 1992 en Washington, luego de la primera visita de Boris Yeltsin.

Estos nuevos pasos en las negociaciones europeas, sostenidos a partir de los éxitos alcanzados con la acelerada integración económica, son compensados con el apaciguamiento de las tensiones y amenazas militares que pesaban sobre ella. Si bien Europa seguía siendo el centro de estas tensiones en el campo de las tácti-

cas y estrategias militares, su papel para disuadirlas fue más importante, no tanto porque éstas ya no estuvieron tan condicionadas por su principal aliado, Estados Unidos, sino porque la potencia beligerante, al caer de su pedestal, se había puesto interesadamente de su lado.

Con estos cambios, la OTAN fue modificando su estrategia básicamente defensiva y la UE se vio forzada de nuevo a definir su papel en la misma. Sin el peligro del comunismo, trataba de ensanchar su papel hacia un fortalecimiento global de la democracia y los derechos humanos. A su inmediato alcance estaban las antiguas democracias populares que, dentro del círculo del Pacto de Varsovia, aparecían como enemigas y que necesitaban de su ayuda para consolidarse en el campo económico y político, hecho que no era del agrado de Rusia pero que, en términos pragmáticos, tuvo que aceptar. La UE se ampliaría con el concurso de los países de Europa Central y Oriental (PECO) con más méritos para integrar a partir del 2004 una nueva zona cercana a sus dominios y sus esferas directas de influencia. Ello implicaba un reconocimiento tácito de la disminución real de su influencia sobre estos países y el hecho, aún más doloroso, del fracaso al interior y exterior de su política en el campo económico y militar, difícil de ser cambiado de la noche a la mañana sin un enorme esfuerzo modernizador interno y un amplio y generoso apoyo financiero internacional. Era allí donde la UE, según los cálculos de los rusos, podría desempeñar un papel determinante.

En lo relativo a la correlación de fuerzas, el debilitamiento ruso le dio mucho mayor juego a la OTAN, pero resultó para ésta difícil no considerar en serio el papel de colaborador que tenía en Rusia, por razones tácticas y estrategias que sólo dependían de las propias circunstancias internas de la Federación Rusa. Es más, lo anterior explica la creación del Consejo de Cooperación Noratlántica (COCONA), en el que los antiguos miembros del Pacto de Varsovia, junto con los de la OTAN, se alían y así se deben mutua asistencia, cooperación y colaboración con mutuo respeto de sus fronteras, lo que tiende a equilibrar el juego de fuerzas entre la potencia en declive que es aún Rusia y la OTAN. Es más, ésta ya espera la ayuda más efectiva de Europa para llevar a cabo una transición a la democracia en una región desgarrada por problemas étnicos y nacionales difíciles de resolver.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Al 21 de febrero de 2003, p. 25. Para un tratamiento más detallado del tema sobre el desarrollo y estabilidad de Rusia y de la CEI y de sus po-

Si la OTAN, como lo intentó, quiso debilitarla aún más, pudo haber tenido serios reveses que hubiesen retardado el equilibrio más de la cuenta, lo que iba en perjuicio de la propia UE, en especial de Alemania, que sufría los estragos de la integración y, además, hubiese retardado la consolidación democrática de los PECO. De hecho, en ese sentido fue la tentativa de los jefes de Estado de la OTAN, plasmada en la proposición hecha en Bruselas el 11 de enero de 1994, a las nuevas democracias de Europa Central de optar por la "pertenencia a la OTAN por la paz", como un aperitivo provisorio al *status* legal de miembro cabal de la Alianza a los PECO que quisieran optar por ésta. En esos momentos ello olía a chantaje, con el agravante de haberse dado en un momento muy difícil por el que pasaba Rusia. Esta situación estuvo en la raíz de las tensiones que perturbaron aún más a los rusos, pues se volvía a abrir un frente que la Federación intentaba cerrar. El peligro estaba en sus inmensas fronteras en plena mutación, en su legalidad tambaleante y en la disolución de su propia identidad. No estaba amenazada ni por Europa, ni por Estados Unidos sino por la complejidad de los eventos que se estaban gestando en Asia Central, en sus relaciones con China, Turquía e Irán. Ello explicaba su complicada situación y su comportamiento ambiguo respecto a sus fronteras y de sus zonas de influencia estratégicas. Ello se reflejó en las negociaciones dentro de la Guerra de Kosovo. Su razón era clara: no podía debilitarse más por un lado sin intentar fortalecerse o ganar, al menos tiempo, por otro lado.

En resumen, a pesar de los deseos de la Unión Europea, de algunos de sus miembros en especial, de fortalecer sus esferas de defensa y seguridad militar con mayor autonomía respecto a la OTAN, el asunto tiene que ver y ser aceptado tomando en cuenta la supremacía de su aliado, Estados Unidos, y sus estrategias globales en el campo político, estratégico y militar. Su ambiguo y contradictorio comportamiento, visible en sus intentos de trasladar gran parte del peso de lo que significa la defensa del continente a los europeos, se explica por su afán de cumplir la función de gendarme y controlador del mundo que su poder le ha otorgado,

tencialidades ofensivas y defensivas en Europa, véase Igor Toporovsky, "Les développements possibles a court terme dans la CEI"; Agota Gueullette, "CEI: perspectives politiques et économiques"; Blancher, Denis, "État des forces armées de la ex-URSS"; Jean-Christophe Romer, "URSS, Russie, CEI, les armes nucléaires et leur devenir"; Laurant Jacques, "Les armes de la ex-URSS, perspectives pour l'an 2000" en Robert Bussière, *op. cit.*, pp. 71-154.

sin requerir el concurso de sus aliados, lo que desde el punto de vista objetivo es una aberración, una psicosis obsesiva que puede poner en peligro su propio liderazgo, dado que, como lo afirmaba Henry Kissinger: "Los Estados Unidos no pueden arreglar todos los problemas del mundo pero no están dispuestos a renunciar a su papel de una potencia mundial indiscutible" que pueda regir al mundo apoyada en el nuevo equilibrio de fuerzas, representado por la UE, Rusia y China.

No obstante, la UE, así como sus aliados Rusia y China, también tiene que colaborar con Estados Unidos, allegando recursos para defender el orden mundial del que ellos también se están beneficiando, pues la superpotencia sin su concurso se está excediendo y desesperando por la magnitud de sus tareas y la paz y la democracia anhelada por todos se están poniendo en peligro. El caso de Irak es patético: una democracia liberal, como primer recurso, sería una bendición en gran parte de las sociedades árabes, cuyas mayorías viven oprimidas, pero no se impone la democracia ni por la fuerza ni por decreto, y aún más: ésta exige una infraestructura mínima de orden cívico, un determinado grado de desarrollo de la riqueza social y una cultura de compromiso, de cooperación y colaboración, así como de solidaridad entre sus miembros, proceso que implica un lento aprendizaje, en sociedades como las que existen en los países árabes, la mayor parte de ellas navegando en un proceloso mar con islas de modernidad, en las cuales las élites monárquicas disfrutaban de sus bondades, mientras la gran mayoría continúa hundida en un tradicionalismo y oscurantismo que Europa registró en la Edad Media.

Ahora bien, el hecho de que Estados Unidos quiera reducir sustancialmente sus fuerzas estacionadas en Europa no es una negativa a asumir su papel singular como potencia mundial comprometida con la defensa de sus intereses en las zonas estratégicas del Mediterráneo, el Medio Oriente y Europa Oriental, pero sí intenta exigir un compromiso serio y mayor de sus aliados europeos y con razón. Por su parte, los europeos, la UE en particular, no tienen más remedio que aceptar la superioridad de éste en todos los planos y permanecer fiel a esta alianza que les es y les seguirá siendo altamente beneficiosa para sus intereses nacionales y regionales.

Las tensiones apaciguadas, pero aún no resueltas, en Europa del Este y en los Balcanes son un testimonio fehaciente del buen equipo en términos militares que Estados Unidos y la UE conforman para ordenar esta parte del mundo, que es el nuevo espacio hacia el cual

la última quiere expandirse. Es más, el apoyo de Rusia y la solidaridad china han sido sustanciales para el ordenamiento mundial después del derrumbe soviético. En el caso de Rusia, ésta ha resultado ser un aliado confiable para ambos poderes y esto no es gratis; del mismo modo sucede con China. Rusia requiere, por parte de los estadounidenses y europeos, de estos últimos en particular, un trato especial, dado su poder en recursos naturales y su aún inmenso poderío militar, en especial en lo que concierne al arsenal nuclear, de armas químicas y biológicas, que se ha mantenido casi intacto. Por otro lado, China ha flexibilizado su régimen interno, y poco a poco ha sido aceptada por Estados Unidos como una nación confiable y la ha apoyado para entrar en la OMC, siempre que se atenga a las reglas del juego.

Dentro de estas circunstancias de acomodo del poder militar en el mundo, son loables, no obstante, los esfuerzos de Alemania y Francia para cooperar en el reforzamiento de Europa y consolidar una política común de seguridad y defensa que los conduzca a una mayor autonomía respecto a su gran y poderoso socio. Ello lo hicieron notar en el Tratado de Maastricht en el que intentaron impulsar el "pilar de la defensa europea", esto es, que sin renunciar y poner en entredicho la pertenencia estadounidense al sistema global de seguridad política y militar paneuropeo, debían buscar las vías para una mayor autonomía de la Unión dentro de la OTAN, para resolver la contradicción entre su afán de mayor autonomía en asuntos de defensa (avance de la PESD). La fisura que se dio después de la intervención unilateral de Estados Unidos en Irak, que prácticamente los dejó a merced de su omnipotencia en política exterior, fue un serio recordatorio para volver a impulsar una política de mayor autonomía en lo relativo a la defensa de Europa y de repensar, una vez más, que es conveniente conservar las funciones de la OTAN función de sus intereses y de verse en la necesidad de afrontar los gastos financieros que esta acción implica.

Por último, resulta también interesante subrayar en este nuevo escenario de la recomposición del poder en el mundo el movimiento de los rusos y sus cálculos de mediano y largo plazo al firmar el Acto fundador entre la OTAN y Rusia el 27 de mayo de 1997, algo que años después del derrumbe del "socialismo real" parecía inconcebible. Con esta acción no sólo se trataba de hacerse acreedores para recibir ayuda financiera con la que aplacarían, en alguna medida, sus males, sino también negociar el mantenimiento de su infraestructura

nuclear a corto plazo para tenerla a buen recaudo; así, en caso necesario, podrían utilizarla para posteriores arreglos y compromisos. Aquí también la UE le dio a Rusia un gran espaldarazo, y fue gracias a esta alianza que Estados Unidos se vio obligado a dar su anuencia para hacerlo efectivo. Ello significaba, se quiera o no, un mayor compromiso para Rusia de cooperar sin cambiar mucho las reglas del juego dentro de la alianza unilateral con la OTAN.

Así, poco a poco, esta gran potencia, hoy intenta incorporarse en el escenario del poder mundial, del cual salió por sus propias debilidades, y ello es altamente positivo para ejercer un contrapeso, como lo hemos expresado frente a la superpotencia norteamericana. Sabe muy bien que su juego de poder está motivado por sus propias necesidades de consolidación interna y no quiere más injerencias que el apoyo financiero sin mayores ataduras, pero también aprovechando los nuevos arreglos del poder para acercarse más a Europa, a la UE y a Estados Unidos, el único poder hegemónico militar dentro de las alianzas de la OTAN.

Las nuevas relaciones entre Estados Unidos y Rusia luego del ataque del 11 de septiembre de 2001, celebradas por los miembros de la OTAN, reviven el espíritu de cooperación iniciado con el Acto fundador y fructifican en una alianza más sólida entre los viejos enemigos, los que a fines de mayo de 2002 firmaron en Moscú, luego de 10 años de ásperas y conflictivas relaciones, el primer tratado ruso-estadounidense de control de armamentos, el cual culminó con la inauguración del nuevo Consejo de la OTAN y Rusia en Roma. Con ello, la Federación Rusa, después de 70 años de régimen comunista y 13 más de transición, apuesta a unirse al concierto de las naciones democráticas.

En este nuevo contexto, la UE tiene un nuevo socio estratégico indispensable, pero aún imprevisible en su futuro, dadas las grandes dificultades que Rusia tiene en integrarse económica y políticamente al mundo moderno al que siempre ha aspirado.<sup>9</sup> De allí procede la necesidad para la UE de reforzar esta relación con nuevas formas de cooperación y acciones efectivas que apoyen los esfuerzos modernizadores de Rusia, los únicos que pueden garantizar un paso firme hacia el cumplimiento de sus anhelos democráticos, que son tam-

<sup>9</sup> Para mayores detalles, véase "To Russia For Love" y "Special Report Europe and America, Old Friends and New" en *The Economist*, 18-24 de mayo de 2002, pp. 11, 24-26 y 29 e *ibidem*, 1º-7 de junio de 2002, pp. 26-28.

bién los de la UE; esto es, alcanzar mayor libertad y mejor vida para todos.

No cabe duda de que a mediados de 2003, luego de la intervención unilateral de Estados Unidos en Irak y del apoyo brindado por Inglaterra y España, se ha dado una fuerte fisura dentro de las alianzas del poder mundial que está tratando de ser resanada. En este sentido, la tendencia antes señalada de tener a Rusia y China como aliados de la UE, se vio confirmada cuando Estados Unidos puso a prueba la fidelidad de esta última respecto a sus estrategias militares, y presionó para recibir apoyo incondicional a su acción directa de guerra contra Irak, por encima de las resoluciones de Naciones Unidas, expresadas en el Consejo de Seguridad. Francia y Alemania, como los motores de la UE, le hicieron frente y se opusieron a otorgarle el cheque en blanco que Estados Unidos exigía, y fueron tanto Rusia como China su principal sostén y apoyo.

La oposición franco-europea y el respaldo que recibió de sus aliados representó una fuerte fisura, pero no pone en entredicho la estructura actual de la OTAN. Sin embargo, la UE, insistimos, sí tiene la intención de ampliar sus márgenes de independencia relativa para replantear la política común de defensa, reorientar el sentido de las alianzas y asignarle un nuevo objetivo a la OTAN, que no puede ir en contra de los intereses que la misma (de Francia y Alemania, en especial) tiene en el Medio Oriente, en particular en Irak, y que Estados Unidos y su aliada fiel, Inglaterra, intentaron vulnerar. De hecho, los apoyos solidarios de Italia, España, Portugal, Dinamarca, Polonia y Hungría a la postura angloamericana fueron en el sentido de una reacción que tiende a rechazar el tradicional liderazgo franco-alemán y su agenda de reformas encaminadas —formal y propagandísticamente— a preservar los valores humanistas europeos expresados, al menos, en una política estatal preocupada por la ampliación de las instituciones para el bienestar social, frente a la fuerte penetración en el propio seno de la UE del modelo proestadounidense de economía liberal, ansioso de cortar todas las restricciones estatales que impidan su vertiginosa expansión.

No obstante, si bien estas contradicciones y cambios en el juego dinámico de las alianzas que ha sido una constante en la vida de la UE tienden, en el corto plazo, a generar un equilibrio precario, no parecen amenazar la consolidación a mediano plazo del bloque regional y, en estas circunstancias, la rigidez de Estados Unidos en salir adelante con sus estrategias y aven-

turerismos guerreristas, no ha hecho más que evidenciar el complejo juego de alianzas, compromisos y reformas que la nueva consolidación nacional, regional y mundial de Europa exige en un futuro no lejano y, en este contexto, repensar el papel de la UE en la OTAN es una tarea insoslayable.

Esta tarea tendrá que redundar en una nueva relación menos ríspida entre la UE y Estados Unidos, como una fórmula para curar las heridas provocadas por el aventurerismo militar de este último que, en manos del neoconservadurismo de su gobierno, está poniendo tensiones adicionales al panorama bélico que ha instaurado, en la creencia de que por esta vía podrá cumplir su destino manifiesto de extirpar el mal en el mundo y, aún más, de velar por su preservación mediante la estrategia de “guerra preventiva” contra el mal en el mundo que lo vulneró en el mero corazón de su poder militar y financiero el 11 de septiembre de 2001.

En realidad, el discurso democrático, la lucha por el respeto a los derechos humanos y las acciones contra el terrorismo y la proliferación de las armas de destrucción masiva que comandan la escalada militarista estadounidense, son el velo que justifica los intereses económicos y financieros más rancios que los actuales detentores del poder en Estados Unidos quieren ensanchar mediante el uso de la fuerza, dado que la estrategia globalizadora fundamentada en la conquista económica del mundo mediante la acción de las empresas corporativas no les dio los resultados esperados y, al parecer, provocó la acción desesperada de venganza terrorista contra las Torres Gemelas y el Pentágono, los símbolos máximos de su poder imperial.

### **¿La Unión Europea y Estados Unidos ante una nueva estrategia para regir el mundo del siglo XXI?**

Para finalizar nuestro trabajo, trataremos de esbozar, a través del análisis de las relaciones de la UE con Estados Unidos, las estrategias divergentes que ambos parecen perseguir para regir al mundo, pero que, en términos reales, tendrán que fusionarse mediante una serie de negociaciones y compromisos, como ha sucedido especialmente desde la caída del Muro de Berlín.

Vale afirmar para comenzar que las relaciones entre Estados Unidos y la UE han sido —y son— intensas y complejas. El predominio económico, tecnológico y militar de Estados Unidos frente a una Europa unida, en términos de competir en diversos planos, y el mutuo

recelo de compartir junto con Estados Unidos la política regional y mundial, de acuerdo a sus intereses particulares, como lo analizamos antes, es y continuará siendo la fuente de encuentros muy tensos y discordancias que tienen que ser negociados, dado que juntos representan la instancia de poder que hasta el momento, dada su mutua alianza, ha regido el destino de las demás naciones.

Alejadas ya las amenazas de intromisión del comunismo en Europa que generaron la Alianza Atlántica y la ayuda permanente de Estados Unidos a la misma, la región ha alcanzado ya un nivel de desarrollo muy alto y la UE es, sin duda, la subregión más rica y poderosa después de Estados Unidos y, desde este punto de vista, las relaciones tienden a ser más de socios que se necesitan mutuamente para gobernar al mundo antes que de subordinados, como fue el caso después de la Segunda Guerra Mundial.

En este sentido, las relaciones entre la UE y Estados Unidos se vuelven más competitivas tanto en el plano político y militar como —y principalmente— en el plano económico y comercial. De este modo, el éxito actual de la subordinación en el ámbito económico y militar —que fue el aguijón que impulsó la estrategia de la integración económica y política— es la carta fuerte que tiene la UE en el juego mundial con Estados Unidos. Desde 1962 este último, a instancias de Francia, en particular, en el marco del impulso de la integración europea, entendió que la mejor manera de estrechar sus relaciones con la Comunidad y limar mayores asperezas, era proponer un apoyo político mutuo: la *European-USA Partnership*, la cual es benéfica para ambos.

Con la caída del Muro de Berlín y el desmembramiento de la Unión Soviética, el juego de fuerzas entre la UE y Estados Unidos es más parejo y las negociaciones políticas se intensificaron, así como las presiones y los temores de Estados Unidos frente a los éxitos de la Unión Económica y Monetaria en el plano nacional, regional e internacional. Ello explica la necesidad para ambos de reforzar las alianzas, consolidar los lazos de cooperación y multiplicar los intercambios mutuos. En este sentido, se han hecho constantes las instancias de consultas mutuas (cada semestre) entre el presidente del Consejo Europeo, el de la Comisión y el de Estados Unidos, así como las reuniones en la Cumbre para tratar no sólo los asuntos económicos (estrategias industriales, comerciales y financieras; problemas de transportes, ciencia, tecnología, agricultura, educa-

ción, energía, medio ambiente y otros temas), sino la política estratégica mundial y las formas de ordenar al mundo.

Así sucedió en el caso del enfrentamiento de Medio Oriente, con la intervención de Estados Unidos en Irak en 1992, con los problemas de Yugoslavia, en la Guerra de Kosovo y en la intervención de Estados Unidos en Afganistán. Todo se hizo con la anuencia de la UE, y luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001 la entente continuó; pero, como lo hemos explicado, en la coyuntura del primer tercio de 2003, la amenaza proferida por Estados Unidos de derrocar a Saddam Hussein por la vía armada creó una fuerte división entre los dos poderes aliados y en el seno mismo la propia UE. Sin embargo, Europa en general y la UE en particular, continuamente se han visto imposibilitados de ejercer cualquier acción, aún dentro de su espacio regional, cuando los intereses estadounidenses se han visto amenazados o, peor aún, cuando con su arrogancia y etnocentrismo éste actúa unilateral, sin tomar en cuenta a sus aliados, lo que evidentemente no es del agrado de estos últimos.

Examinadas las cosas más a fondo, cabe señalar que este comportamiento es parte integrante del inmenso poder de Estados Unidos, ya que en realidad sus aliados de Europa y los 15 de la UE en particular, vistos en conjunto y a nivel individual, son sus subordinados o sus satélites y, solucionado el problema de la paz en Europa, con el éxito de la integración europea y con la cooperación y entrega de Francia y Alemania a la construcción y ampliación de la Comunidad, el problema del orden en Europa está resuelto. Pero el problema surge cuando la UE, y en particular Francia y Alemania, arguyendo la defensa de Naciones Unidas, intentan poner a prueba el poderío estadounidense y someterlo políticamente a sus designios de buscar mayor independencia en su política internacional de defensa y ordenamiento mundial, pero sin llevar a cabo acciones efectivas en el campo político de la UE; esto es, sin buscar la anuencia en el seno de las instituciones comunitarias para impulsar una política exterior y de defensa que los vuelva menos vulnerables a las exigencias de Estados Unidos. Esto tuvo su piedra de toque en la fisura que se dio en la OTAN que, por otra parte, ya se encontraba debilitada, dado el descuido o la falta de interés por parte de Francia y Alemania por asignarle una función más afín con los intereses de relativa independencia europea respecto a la política militar global de Estados Unidos.

Así, entonces, en nuestra opinión, pueden continuar las relaciones económicas y comerciales con tintes de desconfianzas mutuas y rivalidades, producto de sus intereses particulares en diversos campos. La UE acusa a Estados Unidos de proteccionista en lo relativo a la industria automotriz, del acero, de la aeronáutica y de los textiles, mientras éste la trata de estatista y proteccionista en el campo de la agricultura y del sector aeronáutico. Para destrabar estos conflictos se han firmado varios acuerdos sobre la apertura recíproca de mercados en determinados sectores definidos mutuamente, pero cada cual sigue su propio juego, pues ambos poderes saben que tarde o temprano llegarán a un arreglo benéfico para ambos.

Por ello es que en la actualidad, con la desaparición del antagonismo Este-Oeste, las relaciones y alianzas entre la UE y Estados Unidos se han enfriado en detrimento de la primera, dado que la cruzada contra el comunismo se ha cambiado, desde el 11 de septiembre de 2001, por la vocación casi divina que el superpoder estadounidense se ha dotado, para aniquilar el "axis of evil", o sea, el terrorismo y los gobiernos que lo fomentan, enemigos de la libertad y de la democracia, como son, entre otros, Irak y Corea del Norte, donde sus antiguos aliados ya no son tan importantes y, además, buena parte de ellos están en desacuerdo con la "estrategia de la guerra preventiva". En estas circunstancias, Estados Unidos se ha acercado a su "nuevo aliado ruso".<sup>10</sup>

Así, para controlar las cargas de su enorme déficit presupuestario, Estados Unidos ha disminuido sus gastos militares y su presencia armada en Europa, pero ha intensificado sus presiones en el campo comercial y financiero. La emergencia del euro en la Unión siempre ha constituido un reto a la subordinación necesaria respecto a Estados Unidos; pero la estabilidad europea y el equilibrio entre estas dos fuerzas que en el plano económico relevan de la competencia entre el dólar y el euro —con un predominio aun importante del primero—,<sup>11</sup> también tienen que competir en el plano po-

lítico, en el que el avance de la integración política y de las instituciones europeas supranacionales se presenta como una forma velada, y a veces explícita, de sacudirse la tutela de Estados Unidos en los asuntos regionales de la propia Unión y de las estrategias mundiales que ambos campos tienden a generar.

En cuanto a la estrategia estadounidense de insistencia en el avance económico y comercial antes que el incremento del poderío político y militar —que de hecho siempre viene adosado al poder económico— en la que UE trata de nadar, aún a contracorriente, mientras la integración política muestre más efectos negativos que positivos, ésta esconde la trampa mortal del adelanto tecnológico, en el que el avance estadounidense respecto del europeo es innegable y, por ejemplo, en el caso de las tecnologías de punta, ligadas a la comunicación y a la informática, pero que tienen que ver directamente con toda la reestructuración industrial y en todos los campos, la UE se ve obligada a ser la tributaria de las exportaciones de Estados Unidos y tiene dificultades en competir en el propio suelo de dicho país, que tiene más escudos de protección que la propia UE. Por ello, resulta difícil prever una mayor autonomía e independencia de la misma respecto de políticas regionales y mundiales, no sólo de defensa y militares, sino en cuanto al avance de la ciencia, al desarrollo de la tecnología, de la industria, del comercio, de las finanzas, etcétera.

Ello exige, vale insistir, una gran decisión comunitaria, o sea, un verdadero avance en el ámbito de la unión política. Para crear una Europa de la defensa, una Europa política a la medida de ser la copartícipe de la hegemonía mundial estadounidense o, mejor dicho, para contrarrestar eficazmente la agresiva penetración de las empresas corporativas de dicho país en el propio espacio de la UE, en especial entre las empresas nacionales y regionales que no han podido fusionarse o integrarse sectorial o regionalmente para hacer frente a este feroz embate.

Ahora bien, fortalecerse en los ámbitos nacional y regional en el caso de la UE no significa volver a las viejas nociones de soberanía nacional, de los nacionalismos cerrados y recalcitrantes que se hundieron con las dos guerras mundiales, pero tampoco implica una apertura indiscriminada al embate de los intereses estadounidenses en los dominios del comercio y las finanzas. La UEM fue y es una respuesta contundente a los dictámenes negativos que pugnaban sólo por sus desventajas. Fortalecer la nueva soberanía europea, basada en el

<sup>10</sup> En el caso del conflicto con Irak, en el primer tercio del 2003, Rusia, como era de esperarse, se puso en contra de Estados Unidos y a favor de la posición de Francia y Alemania, a la cual también apoyó China. Véase a este respecto *supra*, pp. 107-109. Ello puso de nuevo las relaciones de Estados Unidos con la UE en una fuerte tirantez, dado que éste volvía a reivindicar su papel de superpotencia única y, por tanto, capaz de poner las reglas del juego y de escoger sus aliados en el campo regional y principalmente en el mundial.

<sup>11</sup> Véase a este respecto B. J. Cohen, "L' euro contre le dollar: un défi pour qui?" en *Politique étrangère*, abril 1997, pp. 583-595.

nuevo ciudadano europeo, consciente de sus deberes y derechos, así como de la necesidad de un orden y un gobierno capaz de regir la creación social de las riquezas para un reparto justo y equitativo de las mismas a nivel individual, grupal, nacional y regional es fundamental. Ello no significa volver a la tiranía del Estado que dictaba las necesidades de los ciudadanos, ni tampoco confiar ciegamente en los automatismos mercantiles que la ideología neoliberal estadounidense ha venido imponiendo como dogma, gracias al enorme despliegue de sus medios de difusión.

Si la UE tiene en su seno un aliado que es más bien una quinta columna o un caballo de Troya para doblegarla, bien valdría la pena buscar nuevos aliados que, en América Latina y en el resto del mundo, luchan por una sociedad más humana. Los viejos demonios del nacionalismo, que no es más que un individualismo particularista que mata todas las iniciativas en pro del bien común y el de cada país, deben volverse a sepultar cuando aparezcan en el mundo, así como los monstruos de la burocratización y administración técnicamente deshumanizada y reglamentada.

En el caso de la UE, ésta debe avanzar hacia la unión política, o sea, a la de una participación más intensa de los ciudadanos en la gerencia de sus propios problemas, para ejercer una acción ejemplar sobre las jóvenes y maltrechas democracias de nuestros países. Ello legitimaría una alianza que Europa anhela y su peso político mundial se incrementaría, para poder así contrarrestar el dominio que Estados Unidos ostenta, a pesar de que es cada vez más reticente a pagar el precio que esto implica. Por ello es que las divergencias en cuanto a determinadas estrategias, como en el caso de la falta de apoyo de los líderes de la UE y sus aliados rusos y chinos a la sugerencia de atacar Irak misma que se cumplió, no quedándoles a los opositores de la UE la crítica a los errores cometidos en la acción bélica y la excusa de que, al menos, la intervención duró poco y que era necesario reconstruir juntos el país.

En resumen, se trató de un pleito de familia entre dos grandes poderes que necesariamente tienen que fusionar sus intereses y llegar a arreglos favorables para ambos. Como están las cosas, resulta difícil para Estados Unidos ser el único poder que domina en el mundo, a pesar de sus desplantes militaristas, producto de una paranoia que favorece la consolidación política del neoconservadurismo norteamericano, ansioso de esconder sus intereses económicos en una cruzada en favor de la democracia y contra el terrorismo, que en

cualquier momento puede destruirnos si antes no lo exterminamos. La victoria relativamente rápida y sin grandes pérdidas que el ejército estadounidense consiguió en Irak ha envalentonado a estos neoconservadores y sirvió para enardecer el nacionalismo del pueblo estadounidense, que contribuiría a que el gobierno apuntara después sus baterías contra todos los regímenes sospechosos de apoyar al terrorismo, señalando a Siria como el siguiente objetivo.<sup>12</sup>

Esta manipulación nacionalista, enfocada a fortalecer la posición política de Bush y del neoconservadurismo no puede ser diagnosticada como la línea general de la política estadounidense a seguirse en el futuro. A nuestro entender, así lo prueban las acciones y declaraciones de los voceros autorizados de la política exterior de Estados Unidos, Colin Powell y Condoleezza Rice, que en sus múltiples viajes y negociaciones continúan tratando de establecer alianzas con el resto de los poderes europeos, rusos y chinos. Así, entonces, no se percibe una nueva estrategia unilateral de Estados Unidos para incrementar su poder militar, a pesar de los grandes deseos de los neoconservadores y de los empresarios texanos, sino una recomposición más firme de la vieja estrategia de equilibrar todos los poderes para sacar el mejor provecho.

## Conclusiones

El análisis emprendido a lo largo del presente trabajo ha servido para examinar qué tan honda fue la fisura entre los dos grandes poderes y sus aliados que, en nuestro criterio, está resanándose para continuar rigiendo juntos al mundo del siglo XXI. Ello nos muestra que peores y más fuertes heridas y discordias se han dado entre ellos en otras circunstancias más difíciles que las actuales. De ahí que los temores que la prensa conservadora y alarmista de Estados Unidos infunde al hablar de una nueva escalada militar son, en nuestra opinión, infundados. En verdad podemos pecar de excesivo optimismo y mirar un escenario para la humanidad me-

<sup>12</sup> En efecto, Paul Worfowitz, diputado de la Secretaría de Defensa, anunciaba que "tendría que haber cambios en Siria", si no quería el gobierno correr la misma suerte que Irak; lo que puso al gobierno de Bush en un grave predicamento diplomático y en el gran dilema de enemistar a su más fiel aliado, Tony Blair, quien pronto se deslindó de apoyar esta nueva amenaza, que tuvo que ser desmentida por el propio diputado, arguyendo que "el cambio exigido no iba en el sentido de cambiar al régimen sirio". Véase a este respecto "United States. Foreign Policy. The Shadow Men" en *The Economist*, abril 26-mayo 2, pp. 21-23 y ss.

nos caótico y peligroso que el que se presentó luego de la Segunda Guerra Mundial o cuando la Unión Soviética se colapsó. La guerra contra Irak fue una gran pérdida de vidas y recursos para ese pueblo, pero finalmente pueden darse salidas lentas, pero seguras, para la constitución de una democracia en ese complejo y conflictivo país.

Por su lado, la amenaza de un nuevo golpe terrorista o del uso de armas de destrucción masiva está siendo monitoreada de forma constante para prevenirla en lo posible y, en todo caso, sigue siendo menor que la del "Holocausto" que podrían haber experimentado los europeos en cualquier momento al desatarse la guerra nuclear entre las dos grandes potencias durante la Guerra Fría o, en su momento el *impasse* de los misiles ubicados en Cuba, que en cualquier momento también hubieran podido ejercer una acción demoledora contra la indefensa población de Estados Unidos.

No vivimos tampoco en la actualidad en un paraíso y las bondades de la vida no nos sonrían a todos: la pobreza cunde en la gran mayoría de los países del mundo que no han podido crecer y desarrollarse como lo hicieron las grandes potencias. Se están multiplicando las pandemias y estamos amenazados constantemente por el calentamiento del planeta, por el peligro del deterioro del medio ambiente, etc. Existen por parte de Corea del Norte amenazas del uso de armas nucleares contra sus enemigos, los conflictos del Medio Oriente siguen cobrando víctimas y los países árabes y otros, en sus resentimientos, tratan de vengar las humillaciones que han sufrido, sobre todo por parte de Estados Unidos, dado el *affaire* de Irak, etcétera.

A su vez, con el acelerado ritmo de la vida actual se han multiplicado los problemas comunes, pero en la medida en que se amplían las comunicaciones y se multiplican los contactos internacionales, tomamos con-

ciencia de que nuestros problemas son los de toda la humanidad y que es preciso trabajar juntos para poder solucionarlos. De este modo proliferan también las instituciones internacionales no sólo intergubernamentales, sino privadas, que velan por el cuidado y el mejoramiento de las relaciones entre los hombres, que prevén mayores apoyos y solidaridad para ayudar a los países más necesitados; para poder continuar construyendo un mundo mejor, aquel que la modernidad y la posmodernidad han soñado y que se sintetiza en los dos grandes valores que la humanidad, a pesar de sus errores y retrocesos, ha forjado como su patrimonio invaluable: buscamos mayor libertad y mejor vida para todos, y si nos ponemos de acuerdo en negociar antes que imponer nuestras voluntades particulares por medio de la fuerza, lo lograremos.

Finalmente, el dilema del mundo moderno vuelve a presentarse de nuevo: podemos negociar nuestras diferencias y conflictos a partir de las reglas que hemos aceptado y que se inscribieron en los acuerdos internacionales, sancionados por el derecho internacional. Entonces, seguiremos amenazando, intimidando, subordinando y llegando al uso de la fuerza para "lograr la paz e instaurar la democracia", como lo proclamó cínicamente Estados Unidos al someter a Irak. ¿No será que el proyecto globalizador estadounidense, al tambalearse, exige la guerra para doblegar a los que lo han rechazado, dado que en su esencia éste es un proceso de dominación, explotación, opresión y subordinación disfrazado de cooperación y ayuda para alcanzar la democracia? En todo caso, abogamos por un mundo mejor para todos y en nuestro espacio y en nuestra trinchera lucharemos por la utopía realizable de un mundo más humano: más rico en pluralidad, tolerancia y comprensión capaz de permitirnos ampliar y enriquecer nuestro desarrollo individual y social.